



PASARELA

Vega de Magaz - La Cepeda.
(León)

Revista de contenido sociocultural. Nº16



Fotos y diseño: Benito Álvarez.



Costumbres y Tradiciones en La Cepeda.
(Continuación)

SUMARIO

Edita y dirige:
¡VALDEMAGAZ VIVE!

Portada:

Autor: *Benito Álvarez*

Fotografías:

Autor: *Benito Álvarez*

FOLKLORE CEPEDANO. LA SIEGA.....	3
<i>Victorina Alonso Fernández</i>	
UN SOL Y SOMBRA.....	5
<i>Juan Carlos García</i>	
POETA, SABIO Y VAGABUNDO.....	8
<i>José María García</i>	
LUGARES QUE SON MEDICINA.....	10
<i>Inés Zaragoza Álvarez</i>	
LA BODA CEPEDANA.....	12
<i>Antonio Natal</i>	
REPORTAJE GRÁFICO: "Barrio de Arriba".....	14
<i>Benito Álvarez Fernández</i>	
LA CARRERA DEL BOLLO.....	15
<i>Francisco Pérez Baldó</i>	
EL MERCADO DE SUEROS.....	16
<i>Gumersindo García Cabeza</i>	
PERSONAJE CEPEDANO. ISIDORO GARCÍA.....	18
<i>Asunción Fernández</i>	
LA CEPEDA EN LA BIBLIOTECA NACIONAL. 1880-1915.....	20
<i>Fernando Lucio</i>	
LOS SONIDOS DE MI INFANCIA CEPEDANA.....	22
<i>Porfirio González</i>	
COSAS DE OTROS TIEMPOS (IV).	24
<i>Antonio García Álvarez</i>	
PÁGINA GRÁFICA: "Fauna cepedana".....	28
<i>Benito Álvarez Fernández</i>	

SOMOS CEPEDANOS

BLOG DE VEGA MAGAZ: vegademagaz.blogspot.com.es

(Autor: *Juan Rojas Escribano*)

(A los trigales van las hermosas y en la cama se quedan las perezosas).

Reúne el Sr Isidro a los segadores en el patio abalconado de la casa. Han trabajado duro, y ahora, anochecido ya, cenán satisfechos. Huevos cocidos, bacalao y cebolla, todo regado con buen vino. Un vino hecho en casa, orgullo del patrón.

El ama, las criadas y pastoras se ocupan de servir los alimentos, están cansadas, aunque alegres. Espigar es una labor que rinde el ánimo y la espalda

La cosecha ha sido buena, el licor suelta las gargantas. El zagal mejor plantado comienza a cantar:

*Ya vienen los segadores
en busca de sus amores,
después de segar y segar.*

Contestan las pastoras con alegría.

*Segador que bien siegas
por el camino,
mientras la tu zagala
lava en el río.*

Una luna hermosa se adueña del corral. Todos cantan.

*Mi madre me da de palos
porque quiero a un segador,
y al son de los palos digo:
¡ay! que me muero de amor.*

Las mujeres de la casa se han arreglado el pelo y cambiado sus vestidos. Se ponen el traje cepedano de fiesta: la enagua de lino con puntillas, los pololos y los calcetines blancos. Después la chambrá negra adornada con abalorio. Se ayudan unas a otras con alegre camaradería. Todas presumen de sus zagalejos, unos rojos, azules otros y con cuidado se colocan encima el ruedo de fino paño con su cinta de terciopelo. El mandil es realmente hermoso, de raso, con delicados pliegues que sorprenden y maravillan a las niñas de la casa. Ellas están corriendo entre las jóvenes mujeres y escuchan las regañinas de Rosaura como quien oye llover: quietas niñas, que me vais a manchar el mantón dice Teresa, la esbelta zagala de Donillas. El mantón blanco, y cubriéndolo, el hermoso y florar mantón de merino reviste los juveniles hombros. Solo restan los pañuelos adamascados de seda o de merino que cubren el pelo, anudados como orejas de liebre. También la patrona se ha vestido y está toda elegante con sus collares de plata, azabache y coral.

Llega el tamborilero; comienza el baile. Hay bebida fresca y sandía para todos. También pastas y chocolate.

Mañana se irán los segadores pero hoy, esta noche, es para la alegría, para la celebración.

El Sr. Isidro pide atención golpeando con ritmo una botella de anís. Solicita que le escuchen para darles las gracias y felicitarles pues han trabajado mucho y con esmero. Le gusta leer libros a este cepedano de bien, conoce de memoria páginas enteras del Quijote, pero también es aficionado a Lope de Vega, el poeta del Siglo de Oro, así que despacha el cumplido con unos versos:

*Oh, cuán bien segado habéis,
la segaderuela!
Segad paso, no os cortéis,*

¹ Cepedana de Sueros de Cepeda.



*que la hoz es nueva.
Mirad cómo va segundo
de vuestros años el trigo;
tras vos, el tiempo enemigo
va los manojos atando.
Y ya que segar queréis,
la segaderuela,
segad paso, no os cortéis,
que la hoz es nueva.*

Llega el molinero con su acordeón y su bella voz de barítono arrastrando a todos a la plazuela; allí entre el pozo y el cerezo se bailan las jotas, entre niños que corren y ríen y con los ojos de Antonio prendidos de Flora.

Llega el molinero con su acordeón y su bella voz de barítono arrastrando a todos a la plazuela; allí entre el pozo y el cerezo se bailan las jotas, entre niños que corren y ríen y con los ojos de Antonio prendidos de Flora.

Cuando va decayendo el baile corre el orujo y comienzan los cuentos y las historias, porque las tradiciones orales, el baile, la música, los cantos de celebraciones, han estado desde antes, incluso, de que el homo sapiens realizara la revolución agrícola. En todos los pueblos, en todas las culturas constituyendo lo que se llamaba “antigüedades populares” o “literatura popular”. Una denominación que Willian Thoms cambió por la palabra “Folklore”.

Y desde ese momento se considera que la palabra folclor o folklore (del inglés folk, 'pueblo', y lore, 'acervo', 'saber' o 'conocimiento') es lo que expresa la cultura compartida por un grupo particular de personas; abarcando los ritos comunes a ese grupo. Estos incluyen tradiciones orales, como cuentos, leyendas, proverbios, romances, música, estilos de construcción tradicionales y juegos. El folclore también encierra rituales como la Navidad y las bodas, las danzas folclóricas y los ritos de iniciación; pero tan esencial como la forma, es la transmisión de estos elementos de una generación a otra.

Nuestro folklore cepedano es especial para nosotros: el baile con sus jotas, el traje de labor y de fiesta, las bodas y bautizos. Las joyas, la siega y la matanza, el ramo, los mayos, el filandón, todo forma parte de nuestra cultura oral, transmitida de una generación a otras como algo sagrado. Los ritos del paso de las estaciones, las leyendas, los cantos y los cuentos, son un legado de nuestros antepasados que honran nuestra tierra, áspera y dura, pero hermosa. Esto es el Folklore cepedano.

Amanece cuando los mozos van de recogida. Otro año más y gracias al trabajo de todos, habrá pan con el que atemperar el hambre y estimular la fuerza de trabajo.

Un año más los cantos y el baile han sembrado contento en los corazones de los hombres y mujeres de la Cepeda.

(Que conste mi agradecimiento a Carlos Álvarez Castro por trasmitirme tan amablemente sus conocimiento sobre el traje cepedano y por las hermosas fotografías que me envió del mismo y que comparto con el texto). ■



Juan Carlos García

Las sillas volaban por encima de mi cabeza, cuando Serena, el delantero del Real Madrid marcó el 2-1 frente al Partizan de Belgrado en aquella final de la Copa de Europa. Diez minutos después aproximadamente el Madrid se proclamó campeón por sexta vez. Se desató la locura, el griterío de júbilo para celebrar aquel gol inolvidable en blanco y negro lo recuerdo como si fuera hoy. Estaba en el bar de Andrés, que antes fue del tío Pedro, y luego lo “regentaron” Nisio y Tere. En los últimos años hasta su cierre le hemos llamado el bar del río.



Antiguo bar de Vega

En ese mismo bar tengo otros recuerdos futboleros, viendo jugar a los craks del Inter de Milán: Capellini, Domenghini, Gianni Rivera, y a los “yeyés” Pirri, Amancio, Gento. Más adelante me di cuenta de la dimensión mundial de esos jugadores. Era tan solo un niño. Algunos de mis buenos ratos los pasé en los bares de Vega.

Desconfío cuando alguien me dice “yo no soy de bares”, quizás insinuando que son lugares de borrachos que no es bueno frecuentar. Una visión tan simplista como equivocada, en mi opinión. Además en los pueblos y en épocas pasadas no sólo eran el centro de la vida social entre amigos y los vecinos. Eran mucho más importantes que todo eso.

En los años setenta en Vega había siete bares, para suerte y disfrute de los vecinos del pueblo y los de pueblos cercanos. Cada uno tenía personalidad propia, todos diferentes.

Gracias a estos establecimientos pudimos ver la televisión por primera vez y seguir los acontecimientos

del momento. La televisión era un lujo que no estaba al alcance de la mayoría de los españoles. También han sido los “mentideros” donde informarse o leer los edictos del ayuntamiento, como otras notas de interés; también las esquelas. Por supuesto leer los periódicos, La Luz de Astorga, o luego el Faro Astorgano, y también el Diario de León; o los diarios deportivos. Los bares eran también una oportunidad para disfrutar de pequeños espectáculos. Generalmente en invierno llegaban a Vega, magos o prestidigitadores que rondaban por los pueblos para ganarse la vida con sus modestas habilidades. Los bares eran su escenario y nosotros, los chavales y vecinos de todas las edades sus espectadores. Nunca olvidaré en el bar de Andrés, ya ubicado en el barrio de arriba que uno de estos ilusionistas magos me eligió entre el público para hacer uno de sus trucos de magia. Yo de por sí muy tímido de siempre, me ruboricé mucho cuando transformó un pañuelo que puso sobre mi cuello en un sujetador rojo que hábilmente simuló que sacaba de mi pecho. ¡Cómo olvidar la vergüenza que me hizo pasar!

Muchas anécdotas y vivencias dispares que como las mías todas las personas han tenido asociadas a estos lugares comunes.



Mercadillo en torno al bar Nisio

Nuestros bares han suplido muchas carencias con las que hemos vivido en épocas pasadas en las que no todos los vecinos de Vega o pueblos cercanos disponían por ejemplo de algo tan elemental hoy como un teléfono; además era caro hablar. Imaginaros lo

fácil que era ir al bar a hablar sin límite de tiempo con fulano o mengano de Zacos, Magaz o Benamarías, sabiendo que venía a jugar la partida de cartas.

En el bar de Andrés en el río se podía ver a alguien echando la quiniela, mientras otro vecino trataba asuntos de sus cotizaciones con Esteban el de Zacos que por temporadas utilizaba algún día de la semana una de las mesas como oficina improvisada. Al mismo tiempo alguien jugaba a la rana en la calle y yo podía estar comiendo bígaros mientras veía una película de Bonanza o el Virginiano. No solo era jugar la partida. En verano también se podía escuchar música. Mi primera percepción, creo, con los discos y la música fue un verano escuchando a Palito Ortega desde las pilastras del puente. El sonido salía del bar de Andrés en el río, y la canción inolvidable: “Tengo el corazón contento”.

En la llamada “cantina de trampilla”, atendía Cristina. Era un bar menos concurrido, lo recuerdo con bancos largos y poca luz. Yo entraba muy a menudo a



Bar de Cristina

comprar las “galletas Artiach”. Cuatro galletas por una peseta. Esta cantina era de los dueños del Cine de Vega. En una de las ventanas publicitaban las películas. Ponían el afiche o cartelera de la película del domingo y cuatro o cinco fotografías acartonadas de fotogramas de las películas.

Otros días cruzábamos el pueblo con nuestras bicicletas, todos en comandita hasta la tienda de Salvadora y Pepe Ares, cuyo mostrador a menudo se convertía en la barra de un bar. Mientras algunos vecinos del pueblo tomaban sus chatos, nosotros tomábamos polos de naranja o limón; yo siempre de corte de tres gustos. Este improvisado bar no tenía mesas ni sillas, pero era una tasca singular.



Bar Nisio

Si hablamos de gastronomía todos eran extraordinarios, cada bar tenía algún producto



Bares de Dosinda y de Andrés

insuperable. Como mejorar los callos de Andrés o del bar de Nisio, o la tortilla de Loli, o los mejillones y los calamares fritos de Dosinda, o los calamares en su tinta que hacía Tere en el Bar de Nisio. Aquellos helados de Salvadora, eran de Camy, pero solo los tenía ella, o aquellas galletas de Artiach que solo las vendía la señora Cristina en “la cantina”. No hay precio ni palabras, para expresar aquellas experiencias.

El bar de Dosinda también tenía su singularidad, aparte de un fútbolín. El baile en algunas tardes del verano. Era la época “post-beatle” podríamos decir. Sonaba la música veraniega de los brincos, los bravos, los Beatles, o el dúo dinámico. Charo, la hija de Dosinda era la que estaba en la puerta evitando que los niños como yo no traspasáramos la cortina de macarrones de plástico de colores típica de la época. Aunque oíamos la música.

Puerta con puerta, estaba el nuevo bar de Andrés. Tenía un billar, de tres bolas, clásico, en el que muchas veces los domingos y algunas tardes del verano había que pedir hora para jugar, o hacer cola viendo dos o tres partidas antes. Son incontables las horas que quién escribe ha echado contra amigos de Vega, Zacos o Magaz, a veces en un tú a tú y otras veces partidas de dobles contrincantes.

El bar de Nisio también tuvo su billar, su fútbolín y también el llamado chapolín o billar americano. Cuantos buenos ratos, experiencias y emociones me han proporcionado estos juegos mientras tomábamos un café cortado por Tere. Nadie hacía los cafés cortados como Tere. Y no es que lo diga yo, que también. Este bar ha sido el que durante tantos años con varios propietarios más tiempo ha estado abierto. Pero por su

ubicación en una zona sin salida para circulación de coches, era el lugar idóneo para ser un punto de encuentro entre los jóvenes, que aparcábamos nuestras bicicletas. Sentados en las escaleras chicos y chicas, pandillas de adolescentes de varias generaciones hemos compartido confidencias, guiños y flirteos. En verano o en las fiestas este bar a veces abría la bodega del piso de abajo para atender a tanto cliente. Aprovecho esta inmejorable ocasión para homenajear en lo que pueda a Nisio, tan paciente como generoso. Además de ser el que más invitaba, también nos aguantaba mucho cuando nos hacía las sopas de ajo a las tantas de la madrugada al venir de las discotecas de Astorga o La Bañeza.

Mi recuerdo especial también para el bar de la pista de baile de Manolo, justo detrás de mi casa en el barrio de arriba. Nunca agradeceremos lo bastante la alegría que nos brindó durante algunos veranos a los chicos de mi generación. Pudimos gracias a la pista de baile deleitarnos con las actuaciones de grupos musicales que nunca pensamos que “tocarían” sus canciones en un pueblo tan pequeño como Vega. Recuerdo a Teja Enmohecida, el grupo musical vallisoletano que por aquella época empezaba a ser conocido en toda España.

En aquellos veranos intensos, parte de nuestras buenas vivencias estaban estrechamente relacionadas con los bares.

He dejado para el final el bar con más solera de Vega, en opinión personal, claro. También el que para mí era el más entrañable. Si alguien quería estar tranquilo y apartado para no dejarse ver, o también buscar a Don Enrique el farmacéutico, entonces había que visitar el “bar de Valentina”, para los más jóvenes el bar de Loli. Esta tranquilidad, incluso parecía mimética. Era como si las partidas de subasta, tute o julepe fueran más silenciosas. Tenía la percepción que “arrastrar” en el bar de Loli no era igual que en los otros bares, no había que gritar para que se enteraran el resto de las mesas y el resto del aforo. Este magnífico bar de techos altos y decoración más auténtica fue siempre el que más gustó a mi novia, luego mi esposa, la primera vez que estuvo allí conmigo; precisamente por conservar ese sabor de viejo café de toda la vida. La solidez de su barra, las redondeadas sillas de madera, las mesas de mármol, durante mucho tiempo inalterables. Los posters, el suelo de tabla, aquella alargada mesa de madera en la calle con sus bancos, el juego de la rana... y siempre merodeando el gato. Todo situado en ese pequeño callejón casi a ras de la vía, escondido como un secreto. Durante muchos años

este bar hasta su cierre fue genuino. Tenía la personalidad discreta de su dueña, Loli.

En Vega todos lamentamos que aquellos bares, que formaron parte de nuestra vida cotidiana, uno a uno con el tiempo fueran cerrándose y ya solo existen en nuestra memoria colectiva.

Firi, y el Equipo editor de la revista LA PASARELA han querido tener presente en esta edición a los bares que durante varias generaciones disfrutamos y me ha sugerido escribir sobre ellos. He recogido el guante para contar desde mi visión personal, algunas de las peculiaridades y vivencias en los bares tal y como las disfrutamos los muchachos de mi generación. Sin duda una gran parte de nuestra felicidad ha sido gracias a ellos.

A los bares de Vega les debemos demasiado. Hemos pagado las consumiciones, cierto, pero eso es el precio de las cosas. Sentimentalmente hay cosas que no podremos pagar porque no tienen precio. ¿Cómo pueden pagarse tantos y tantos buenos ratos que los bares de Vega nos proporcionaron? Nos influenciaron tanto que algunos de mis amigos de entonces en Vega decían: “Yo cuando sea mayor quiero ser barero”.

Quiero finalizar este breve artículo citando a la poetisa Jéssica López. Uno de sus poemas empieza así: *“No me hables de futuro, cuando nos han cerrado los bares, y aún seguimos sedientos”*.

Tomaré mentalmente contigo amigo cepedano “la arracadera”, brindado por todo lo bueno que nos han



Bar de Loli (Antes Valentina)

dejado nuestros bares. Yo tomaré un sol y sombra. ■

No hace mucho mi nieto pequeño estaba algo triste y preocupado. Pensando que era por el comienzo del nuevo curso, intentando animarlo, le dije que no se preocupase ya que aprobaría otra vez en junio; y que podría estudiar cualquier carrera, si tenía ilusión y ponía empeño en conseguirla. Y remataba mis consejos con: ¡Puedes llegar a ser lo que quieras!



Mi nieto me abrazó con cariño y me susurró al oído: Abuelo es que yo quiero ser vagabundo. Conmovido, le narré estos recuerdos de mi niñez:

Correría el año de 1948 cuando en la penuria de la posguerra, vivían en mi pueblo de Vega de Magaz algunas familias que considerábamos pobres. Como eran de las más prolíficas, en ellas había niños de todas las edades. Uno de ellos, Manolo, fue mi confidente y amigo durante la infancia y la adolescencia. Gracias a él pude comprobar el hambre y las necesidades que pasaba su familia: la del “Andaluz”. Manolo, que no destacaba ni por su asistencia, ni por su cultura en la escuela, poseía genuinas habilidades y conocimientos de la vida que le daban cierto prestigio y liderazgo entre casi todos los niños. Además, nos revelaba algunos secretos, entonces silenciados o censurados en mi pueblo, y también nos descubría genuinas experiencias y otras novedades de la vida vedadas a los niños. Me enseñó a pescar las truchas con la mano y a localizar los nidos. Con los peces del río y los huevos de las “pegas” cocinaba sobre una pizarra una especie de revueltos muy sabrosos con los que saciaba su hambre, mientras nosotros probábamos un sabor insólito.

Por mi pueblo también transitaban otras personas aún más pobres en busca de limosnas para sobrevivir. Entre ellos nos llamaban la atención las caravanas de gitanos que solían pernoctar durante una o dos noches debajo del puente, si bien, a juzgar por las precauciones y comentarios de los vecinos, más que hambrientos pedigüños parecían delincuentes.

El día de la fiesta siempre aparecía Flora y algún otro pobre ya conocido. Ese día los vecinos solían ser más esplendidos y los pobres tenían asegurada la abundante y sabrosa comida que siempre abundaba en los banquetes para los familiares e invitados que acudían desde los pueblos cercanos. Por su vestimenta, catadura y forma de ser Flora parecía una bruja y lo demostraba por ser tan parlanchina e imprudente con los niños: mientras adulaba a los mayores de las casas en las que pedía nos contaba ciertas indiscreciones e incoherencias a las que no dábamos crédito, quizás, por que no las entendíamos. Aunque ella, con cierto afán de protagonismo, pretendía que la escuchásemos, no nos gustaba su presencia y procurábamos eludirla.

A otro de los pobres que más recuerdo, éste con agrado, lo llamábamos “El Portu”. Era un portugués relativamente joven y elegante que se acercaba a nosotros durante el verano, cuando estábamos pescando, y con simpatía nos decía: Si me dais un pez lo como vivo. No lo hubiéramos creído si no fuera porque nada más pescar un pececito, todavía revoloteando y sin soltarlo del anzuelo, terminaba en la boca del portugués que, ante nuestras incrédulas miradas, hacía alarde de su proeza. Como nos provocaba la risa y a él le quitaba el hambre, la escena se repetía con peces cada vez más grandes que, con satisfacción, se los iba comiendo, con espinas, cabeza y tripas.

Sin embargo, de vez en cuando aparecía el pobre más popular y singular de cuantos pasaron por Vega. Cuando alguien lo veía enseguida corría la voz entre los niños: ¡Ha venido el sabio poeta! Y todos íbamos al encuentro de aquél hombre de estatura y edad mediana, con escaso y largo cabello, ancha frente, mentón prominente y nariz aguileña en un cuerpo menudo, ágil y nervioso. Su voz, tan potente y fluida, era lo que más nos llamaba la atención. Y sus palabras llenas de sabiduría, rimando cual poesía, terminaban fascinándonos. Por eso corríamos a su encuentro y lo seguíamos por las calles, para escuchar sus discursos. Así, rodeado por todos los niños y niñas del pueblo, sabiendo que lo seguíamos con atención, el poeta sabio, con cierto orgullo, erguida la cabeza y alta la voz no cesaba de hablar como si estuviera dando un discurso ante una gran audiencia erudita y fiel. Nunca mostraba la humillación de los mendigos, ni hacía alusión a su pobreza, sino que se enorgullecía de ser sabio, poeta y estar contento y feliz con su situación. También presumía de que bebía más coñac que nadie: Todavía recuerdo una de sus frases favoritas: “Yo bebo el coñac por taza”, que solía encabezar o insertar sin venir a cuento en poesías

parecidas a esta:

***Yo bebo el coñac por taza,
lo tomo con pan de hogaza,
y sin apego al dinero,
sin codicia, ni ambición
con eso lleno mi anhelo.***

Algunos niños, los más socarrones, le solían preguntar por su lugar de nacimiento y otras cosas de su vida particular a las que siempre contestaba con largos discursos y alguna poesía sin dar datos objetivos. Dejaba claro que no tenía patria, pueblo, ni familia y que por eso era absolutamente libre, dueño de sí y feliz. En ocasiones recitaba fragmentos de algunos poetas románticos, mientras se extasiaba como si fueran creaciones propias. Asimismo, compadecía y criticaba a casi todos por vivir esclavos de sus propiedades, hipocresías y tradiciones. Si le preguntábamos de dónde venía y adónde se dirigía contestaba algo así:

***Yo viajo por donde quiero,
el martes dormí en Otero,
después estuve Magaz
hoy aquí, en este pueblo
y mañana... Dios dirá***

Como corría el rumor de que había nacido rico y había sido inteligente, sensato y triunfador en su profesión, hasta que se había perturbado de tanto trabajar y estudiar, al preguntárselo, versificaba:

***El pasado ya es quimera;
yo sin cesar de luchar
me he cansado de triunfar.
Bebo el coñac por taza;
soy más feliz siendo pobre,
no tengo que trabajar
me sobra tiempo a pensar,
vivir, hablar y viajar.***

Todas estas ideas quedaron tan grabadas en mi mente que durante muchos años añoraba la vida de aquel sabio poeta. Además, parecía el ser más conformista del mundo, a quien casi todos le devolvíamos la simpatía y cariño que nos manifestaba. Mi admiración por aquel vagabundo crecía en su presencia; cuando nos dejaba, su recuerdo y sus palabras permanecían en mi mente hasta el punto de repetir para mis adentros: “Cuando sea mayor quiero ser un vagabundo como el sabio poeta”. Así, como él, podría ir a donde quisiera y no tendría que estudiar, trabajar, ni preocuparme de nada en toda mi vida. Por suerte, estas ideas no pasaron de mi subconsciente. Es probable que su fachada pretendiera disimular algunos desengaños, ciertas tragedias familiares y quizás una ruina económica, por eso le dije a mi nieto: Yo también quería ser un vagabundo cuando era niño, pero ahora sé que esto no hubiera sido bueno ni posible. Ya me lo parecía, contestó indeciso él.

León, septiembre de 2017. ■



Me gustaría compartir unas reflexiones sobre mi sitio preferido del mundo en el que encuentro la esencia de mi verdadero yo, un lugar medicinal.

Cuando voy a este lugar me quedo desprovista de la máscara que llevo puesta y dejo que me dé el aire y se oxigene mi alma. En ocasiones, alguna lagrimilla cae cuando siento aquella anhelada autonomía y valoro muchísimo más la vida. Doy gracias por todo lo que tengo y el amor y sonrisas que recibo día a día sin ser consciente. En esos momentos solo

quiero abrazos, abrazos y más abrazos porque me siento yo misma y estoy súúúper feliz, con una gran paz interior.

Solo puedo visitarlo en verano, y me resulta insuficiente únicamente un mes para recorrer senderos en bicicleta, tumbarme en la hierba, colocar la merienda sobre mis piernas y observar la naturaleza mientras oigo infinitas aves cantar y volar con seguridad por encima de mí.

En esos momentos me digo: Yo soy de este lugar, mi primera casa está aquí dígan lo que digan.

Pienso más en la filosofía de la vida cuando me dedico tiempo a mí misma, cuando me tumbo a pensar sobre el césped de este lugar. Pienso más en la naturaleza y el por qué de su creación y sobre todo, ¿por qué sea quien sea que esté ahí arriba me dio una segunda oportunidad después de una ocurrencia en mi vida no hace mucho tiempo justo en este lugar?

Un lugar benévolo donde se respira aire PURO, aire que cuando penetra en los pulmones te hace sentir en libertad y armonía.

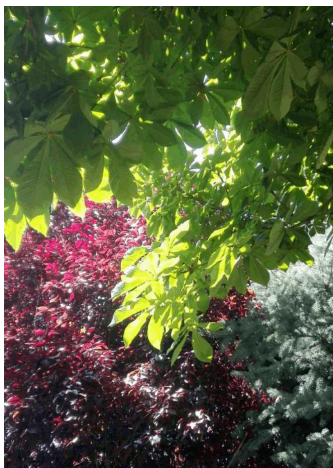


² De 16 años de edad.

Cuando bajo del coche siempre he tenido la manía de hacerlo con el pie derecho. Nada más bajar y aterrizar mis dos pies en el terreno siento que algo me dice: ESTA ES TU CASA, ESTA ES TU TIERRA.

Prácticamente me he criado en dos lugares de España, uno, donde vivo es Alicante, donde nací, otro, al que estoy dedicando estas líneas, es el que resulta medicina para mí.

Y siempre con la mejor compañía: mi familia.



La mayor parte del tiempo lo invierto sola porque es como mejor me entiendo, aunque otras veces me apetece estar con mis amigos, como cualquier persona de mi edad.

He intentado resumir en “breves” palabras el lugar que siempre será mi medicamento psicológico y mi lugar de creación.

Y ese lugar es Vega de Magaz.

(Fotos de Benito Álvarez). ■



Se trata de una ceremonia, festiva con una tradición secular. El matrimonio eclesiástico unía a un hombre y una mujer, de por vida: “hasta que la muerte los separe”. Entonces no se pensaba ni en separación ni en divorcios. Los maragatos han dado más publicidad a este acontecimiento pero básicamente es un rito bastante similar.

Si buscásemos los antecedentes, diríamos que hace bastantes años los cepedanos y las cepedanas se conocerían en las fiestas populares de pueblos próximos o en los bailes que surgían de las veladas o las celebraciones, al son de una pandereta. Cuando el mozo no era del pueblo de la chica que pretendía, para iniciar la relación o el noviazgo, debía de “pagar el piso”, es decir, convidar a los mozos del pueblo o invitarlos a una merienda. Este “pasaporte” resultaba absolutamente necesario. De no respetar esta costumbre, se exponía a burlas, cencerradas o a terminar en el pilón del pueblo.

Todo esto se hacía bajo la atenta inspección de los padres de la chica “afortuna” que, más o menos disimuladamente, seguían el proceso. En el caso de que la relación fuera bien, había que pedir permiso a los padres de la joven para cortejar. Y en el caso de que se consolidase, entonces se haría una petición formal de la mano. Después de unos meses, no muchos, tendrían que hablar de boda. “La moza no estaba para perder el tiempo”, así que si el mozo pretendía seguir, los padres de ella decían “perro adentro o perro afuera” o compromiso o fin de la relación.

En el caso de que siguiese la relación, una hermana o un familiar vigilarían que el chico no se propasase. Nada de convivir en pareja antes de la boda, esta “nefasta” costumbre arruinaría la reputación de la chica que “quedarla para vestir santos”. Si el noviazgo seguía y con la venia de los padres, comenzaban los preparativos para la boda. Habría que hacer una despedida de soltero pero siendo todo muy comedido. Los mozos echarían la empajada, rastro de paja trillada que iba de la casa del novio a la de la novia y hasta la iglesia. Antes de que el cura leyese los “proclamos”, todo el pueblo sabía que los iba a leer pues la empajada lo confirmaba.

La boda se anunciaba con cohetes y con un revuelo general en el pueblo. Los mozos invitados a la

boda estaban obligados a comprar cohetes y tirar algunos ya en la víspera. Las fiestas se conocen por las vísperas. En ocasiones se les pedía algo más: que contratasen una panderetera o un tamboritero. Si la boda fuera rumbosa, traerían también dulzaineros o los músicos de Vanidades, quizás los Cirolines de Benavides.



Las bodas, incluso las más humildes, duraban dos o tres días. Le víspera iban llegando los familiares e invitados que residían fuera del pueblo. Se sacrificaban los animales para la boda: pollos, corderos, cabritos e incluso una ternera, que se consumirían estos días. Con “los menudos” hacían sopas y arroces para atender a los recién llegados. Por la noche no podía faltar la velada o filandón, amenizado por una panderetera que tocaba jotas, agarraos o el “baile p'arriba”.

El día grande era, lógicamente, el día de la boda. Se madrugaba, había que prepararse e incluso hacer un pasacalles. Todo sucedía entre la casa de la novia y la iglesia. Las puertas de estos dos edificios estaban decoradas con ramos y flores (así aparecen en la foto adjunta). Durante todo el recorrido la calle podía estar adornada con ramajes o flores. Esta es una costumbre celta que en Ferreras perdura hasta nuestros días.

El padrino de pila, de la novia, la acompañaba hasta la iglesia (así aparece en la foto). Las mozas e invitadas vestidas con trajes regionales y mantones de Manila se unían al cortejo, amenizando con canciones y vivas a los novios, incluso tocando las panderetas. Dependía mucho de la época del año, si hacía calor o buen tiempo, permitía más alegrías. También los padres y padrinos del novio lo acompañaban hasta la iglesia. Tenía que llegar antes que la novia que podía permitirse el lujo de llegar un poco tarde: “un momento que la están peinando”.

Los cohetes anunciaban la llegada de los novios y, junto con las campanas; el comienzo de la ceremonia nupcial. Generalmente se cantaba la misa de “Ángelis”, el cura o el sacristán iniciaban el

canto y el pueblo los seguía aunque no supiera latín. Decían palabras castellanizadas y el tema tenía mucha gracia, aunque ellos lo hicieran con devoción y fervor. Cuando se daban “el sí quiero”, numerosos cohetes lo subrayaban con un sonido atronador. A veces se producían fuegos e incluso pequeños accidentes. Terminada la ceremonia comenzaban las enhorabuenas incluso dentro de la iglesia.

Al salir de la iglesia, y en el pórtico de la misma, los amigos del novio los abrazaban a la altura de las



Secuencia en imágenes de una boda religiosa en la iglesia de Vega de Magaz

rodillas y les daban varias vueltas tanto al novio como al padrino. Estos obsequiaban a los volteadores con unos puros.

A continuación, los padrinos tiraban caramelos para grandes y chicos, especialmente para los niños que entonces había muchos. En el caso de que no fueran abundantes, la

chavalería lo reprochaba diciendo: “padrino (o madrina) roñoso, mete la mano en el bolso”. También los padres de los contrayentes daban tabaco a todos mientras recibían la enhorabuena.

Después, en la casa del novio o de la novia, se hacía una invitación con bebidas, pastas, mazapanes, etc. Era el momento de las jotás de picadillo. Las mozas se las tiraban a los mozos y viceversa. Hoy nos parecerían algo groseras pero antes, y con mucho vino y orujo, resultaba divertido. Las mozas cantaban al novio: “Despídete gocho pinto de la pila de tu padre/ porque es la última vez que de soltero la llambes”. Y ellos a la novia: “Ya te pusieron el yugo, ya te ataron la cornal/ aunque te pique la mosca no te puedes escapar”. Había otros cantos más bonitos y más finos: “La madrina es una rosa, el padrino es un clavel / la novia es un espejo y el novio se mira en él”. Las canciones finas se podían cantar también a la puerta de la iglesia o mientras el novio esperaba a la novia.

Tras estas celebraciones comenzaba la comida en

una casa particular, no se decía banquete que es cosa de ricos; en el pueblo se hacía una comida familiar y entrañable pero sin lujos. Cocinaba una señora del pueblo y la servían “los mozos del caldo” y “las mozas del caldo”, es decir, los del pueblo o los invitados amigos del novio o de la novia. Normalmente se consumían animales criados en casa, y no faltaban postres de mazapanes, tartas, brazos de gitano, rosquillas artesanas. Todo bien regado con vino y licores. Se comía mucho y se bebía más. Por eso cuando alguna gente de los pueblos va a un restaurante dice al camarero: “Pon como pa una boda”.

Por la tarde, el padrino patrocinaba “la carrera del bollo”. La gente competía en carreras para ganar el bollo: Un mazapán gigante con forma de muñeco. Incluso podría haber un complemento de dinero para el vencedor. Estas competiciones y paseos resultaban una buena excusa para hacer apetito porque también había cena.

Al día siguiente, se celebraba la “tornaboda”: Otro día de comidas y celebraciones. Normalmente sobraba comida del día de la boda y no se podía tirar porque eran tiempos de necesidad e incluso de hambre. Por esta razón, la fiesta continuaba hasta agotar existencias: “Muera el gato, muera farto”.

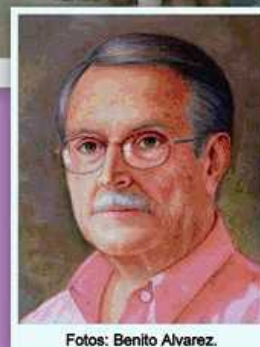
La gente, todo el pueblo, se lo pasaba muy bien en las bodas, eran fechas memorables. Por la tarde y noche había baile, con una pandereta o un tamboritero o un dulzainero o músicos más lujosos, dependiendo de la categoría de la boda. Incluso los que no estaban invitados, podían consumir entremeses, dulces y licores. Estamos hablando de una celebración popular o total. Un hombre y una mujer se unían, ante Dios y ante los hombres, para toda la vida y para formar una familia. Y eso había que celebrarlo porque además “de una boda salen otras”. ■



Ramo en casa de la novia



BARRIOS de VEGA.
BARRIO de ARRIBA.
(segunda parte).



Fotos: Benito Álvarez.

Para un forastero que se enfrentara en los años setenta a la riqueza de las tradiciones de estas tierras Cepedanas, a sus ritos y a sus mitos, celosamente guardados “Desde la oscura tenacidad neolítica”, como afirma Germán Suárez Blanco³; que han resistido a la romanización y a la cristianización, no podía dejar de sorprenderse. Las fiestas populares y las romerías, que han sido las que más influencia han sufrido (con el sencillo recurso de sustituir los dioses Lares por los nuevos patronos cristianos) siguen conservando, no obstante, reminiscencias de un pasado agrícola donde las épocas de las cosechas eran la gran ocasión para que se desplegara la fiesta. Me voy a referir a dos celebraciones importantes en todas las comarcas leonesas, como son, las bodas y las romerías.



Dice Manuel E. Rubio⁴, que en las romerías y en las bodas, no faltaban nunca las tradicionales carreras del bollo o de la rosca y, afirma, que estas pruebas atléticas traían reminiscencias muy antiguas en los ejercicios atléticos de los astures en su preparación militar. Puede ser aventurada la afirmación pero, lo cierto es, que se han mantenido esas tradiciones populares desde un tiempo remoto; aunque están remitiendo con la homogenización de las costumbres que se imprime a través la gran difusión que hacen los medios de comunicación de masas.

En las bodas, el “propietario” del bollo solía ser el padrino, con el que obsequiaba a los contrayentes. Pero su posesión final daba lugar a las competiciones en carreras de longitud (de una distancia acordada) por manos, esto es, de dos en dos contendientes que se iban eliminando hasta llegar a quedar un ganador absoluto. También podían



formarse dos grupos de competidores que sustituían a los que se iban eliminando. Al bollo, que consistía en un muñeco de pan ataviado con el vestir popular, podían añadirse algunas monedas incrustadas en la cabeza, lo que aumentaba el interés por ganar la carrera. Es muy conocida una anécdota ocurrida en Vega de Magaz, en su época de esplendor económico, en la que el padrino de una boda sacó la cartera y puso en el muñeco un billete de veinte duros. Era una cantidad desmesurada para la época, pues ya se consideraba al padrino rumboso cuando éste ponía un duro de plata en la cabeza del muñeco. La anécdota la escuché durante unas fiestas de san Roque, de labios de un familiar, que según comentaban tuvo merecida fama en ganar varias manos consecutivas en estas carreras cuando era mozo.

La carrera de la rosca era más frecuente su celebración en las fiestas populares, aunque también en las bodas, siendo la comarca de Babia donde tenían mayor arraigo. Daba lugar a una competición atlética sobre una distancia determinada. La rosca se

adornaba con dulces y, en estos casos, era la madrina la que solía confeccionar el pan. Al ganador correspondía un tercio de la rosca y el resto se repartía entre los corredores.

Algún intento por recuperar estas competiciones tuve oportunidad de presenciar durante unas fiestas del verano en Vega de Magaz, no puedo precisar si por san Pedro o san Roque. Las animadoras de las fiestas eran, en aquel año, Lorenza García y alguna de sus hermanas. Hubo gran cantidad de chicos y chicas que corrieron y, al final, nos animaron a los padres a competir sin que llegáramos a establecer ninguna marca. Dígame en nuestra defensa que ya habíamos tomado el vermut y algún que otro vino. ■

³ Suárez Blanco, Germán. Mitos, ritos y costumbres de la Cepeda (León). Ediciones El Forastero S.L. 2017

⁴ Rubio Goyo, Manuel E. El consumo de pan tradicional en León. www.cervantesvirtual.com

Gumersindo García Cabeza

Sin duda alguna, el esplendor comercial de La Cepeda se manifestó de manera especial con el tradicional mercado desde el año 1920, época en que era Presidente del pueblo mi abuelo paterno Faustino García. Se celebraba los lunes. Era mi abuelo un hombre reconocido en el pueblo, siempre ocupando algún cargo vecinal o municipal como Alcalde, tesorero y Juez de Paz y me lo contaba con gran satisfacción... ¡Juez de Paz!; Qué palabra tan bonita...! ¡Cuánto me hubiera gustado y no lo dudo, haber conocido sus acertadas sentencias! Eran cargos, sin sueldo y eran nombrados por los vecinos en pura democracia, como funcionaban aquellas famosas ordenanzas concejiles. Legislación que nos ha dejado buenas memorias y mejores ejemplos, ejercida en una verdadera y pura DEMOCRACIA.

Un mercado, aún, sin medios de comunicación ya que la única carretera existente terminaba en Sueros así como el coche de línea de Samuel. Se desplazaba toda la comarca, la mayoría andando o en caballería desde aquellos pueblos altos de la montaña, a veces con sus ganados, o reses, llenando la plaza principal donde tenían mis padres los establecimientos, y allí con los abundantes tratantes, se celebraban un sinfín de compras y ventas "rubricadas" como documento, con aquel simple "choque de manos" que era más que suficiente, así como los distintos trueques bajo los soportales, de las gentes de los pueblos con sus

caso muy particular, en aquellos años pobres en nuestra agricultura y falta de liquidez en nuestros campesinos que bajaban a surtir todos los pueblos en especial los de La Cepeda Alta; la mayoría andando y hasta con madreñas por falta de vehículos y bajaban a nuestro mercado con sus productos: huevos, corderos, pollos, cabritos, mantequilla, quesos, etc, y aquí en la plaza principal se efectuaban estos "trueques" característicos, a falta de moneda, que no eran pocos. Luego, de mañana, llegaban los tratantes, encargados de efectuar la influencia del ganado vacuno y las camionetas con cerdos de cría que exponían en los soportales. Los cebaban hasta San



Se desplazaba toda la comarca, la mayoría andando o en caballería desde aquellos pueblos altos de la montaña, a veces con sus ganados, o reses, llenando la plaza principal donde tenían mis padres los establecimientos.



Un día de mercado en Sueros, donde acudían los cepedanos para comprar y vender. Vemos en esta imagen donde estaba la feria del ganado.

productos a cambio de otros de los distintos comercios. Recuerdo que mi madre siempre nos compraba la barra de mantequilla de Murias para la merienda. Era esto un

Martino, imprescindible para que cada vecino comprara la pareja que junto a unos carneros o si podían una vaca, resolver junto con sus huertas la manutención del año. Eso sí, fiados hasta la recolección. Si por epidemia u otra enfermedad se les morían durante el año, normalmente se quedarían sin este "segundo plato", que es triste hasta contarlo. Como el resto de compras diarias en nuestras tiendas o bares. Les entregábamos una libreta para anotar todas las compras y comprobarlas con nuestra contabilidad al final. Siempre había algún comerciante que les cobraba un interés, cosa que no existía en nuestra casa ni creíamos lógico por su precaria economía. También llegaban los trilleros de Cantalejo, adquiriendo el trillo de la misma manera que lo demás, volviendo a la recolección y a liquidar. No faltaba Ángel García el mecánico de Astorga que siempre vendía alguna de aquellas norias que fabricaba para el riego, a falta del pantano. Siempre con su coche de dos plazas Citroën de los años 20 con manivela que llamaba la atención.

Con la noria se extraía muy poca cantidad, cuando eran épocas que una gota de agua era un tesoro y los pobres campesinos aprovechaban todo. Incluso se trasladaban con la caballería a La Omaña al Valle Gordo en busca de la patata riojana blanca para siembra de secano, aprovechando todo el día para adquirir unos pocos de kilos. También llegaba el hijo de Lorenzo Cabeza de la fábrica de chocolates La Cepedana, hijo de Sueros ya con un Ford un poco más moderno, pero también a manivela. Siempre nos dejaba una caja en casa. Y si como es mi caso, se tiene a orgullo que las raíces se encuentren en La Cepeda, donde he dedicado tiempo en adentrarme en su Historia, resulta hasta falta de rigor que algunos escritores o aficionados no se hayan aproximado al tema cepedano, aunque estos últimos años la cosa haya cambiado y la diáspora cepedana ha salido con empuje. Estoy convencido de que a esta tierra de castillos y monasterios le sobra historia y no necesita que se vista de oropeles ni de leyendas que no le van. Y hoy he querido centrarme en este artículo importante de nuestro mercado a nivel provincial, hoy olvidado, que nos ayudó durante muchos años de pobreza y atraso a seguir adelante... ¡La Cepeda entera! No faltaban los típicos charlatanes formando corros de curiosos en espera de adquirir aquel “remedio” que les iba anunciando, con el que quedarían “como nuevos”. Siempre llegaba aquel famoso Riancho de Astorga con su bombo de obleas y helados o en invierno con su fiel “locomotora” asando

No faltaban los típicos charlatanes formando corros de curiosos en espera de adquirir aquel "remedio" que les iba anunciando, con el que quedarían "como nuevos".

las castañas. Siempre rodeado de nosotros, los chiquillos, que incluso acudíamos a esperar al coche de línea con el ansia de manejar aquella ruleta misteriosa que nos llenaría de ilusiones. Y es que en este mercado no faltaba de nada y gozaba de importancia a nivel provincial. Por eso llegó a tener tantos industriales y comerciantes; sobre todo bares que en estos mercados había para todos. Recuerdo estos días “reclutando” gente aparte de la familia. Al igual que la tienda, donde se surtían de lo que no encontraban en muchos kms. como medicamentos para su numerosa ganadería. Sin existir farmacia en toda La Cepeda en aquel tiempo, mi padre tenía un permiso del Ministerio de Agricultura

para estos productos veterinarios que vendíamos muchísimo en la droguería por la gran existencia de ganadería en la comarca. No recuerdo cómo funcionaban estos permisos porque entonces, era cosa de mi padre. Nosotros éramos aún muy jóvenes. Nunca olvidaré aquellos tan buenos amigos de la montaña, que solían asistir con sus productos. El cambio o



Foto antigua de La Cepeda, quizá de los primeros años del siglo XX, en ella podemos ver lo que era el llar o cocina donde se hacía la vida alrededor de la lumbre. Era el centro de la casa. Aquí estaba el vasar, la alacena, el escañil y las banquetas; vemos el pote y un caldero para cocer para los gochos, éste colgado de las pregancias.

compra de sus parejas, y siempre con el choque de manos característico que suplía cualquier documento notarial de hoy. Recuerdos entrañables también para aquellos pueblos de nuestra montaña, transportando aquel carbón de brezo para los braseros de los señoritos, como decían, y para los herreros, fabricado por ellos mismos, que recorrían las montañas con sus carruajes y pequeñas ruedas para “trepar” mejor por las peñas, viajes de diez a quince días durmiendo en los establos a lado de sus vacas, cuyos aires nos traían los aromas de los viejos y sabrosos guisos de los “llares” de Oliegos, Los Barrios, etc. y...¡ Sin luz eléctrica! Solamente la teníamos pocos pueblos, y por las noches, procedente de La Garandilla, en Valdemagaz de la central de Robledo. La mayoría de las casas tenían una sola bombilla colocada en un ventanuco entre la cocina y el dormitorio. Cruzaba entonces La Cepeda la cañada Vizana con sus grandes rebaños de merinas con sus mastines leoneses desde Babia, por nuestra Laguna Gallega, donde solían sestar, comer la merienda en la fuente de El Corro y seguir camino de Extremadura... ■

Asunción Fernández

Mi abuelo, Isidoro García, fue un gran hombre, en sentido literal. Con sus 130 kg de peso y su peculiar forma de ser no pasaba desapercibido en las reuniones familiares. Sobre todo, al final, cuando había dado buena cuenta de la merienda, la abuela Regina raspaba la botella de anís y él cantaba al “bocoí” y “al tren que corría por el ancha vía...”, casi siempre con un nieto en cada rodilla.

Mi abuelo era optimista, cariñoso y muy familiar.



Su corpulencia y vozarrón contrastaban con una cara en la que rara vez desaparecía la sonrisa. Le recuerdo vestido con un traje de mahon azul que le hacía Rogelio, el sastre, y con esa peculiar manera de ser y pensar

que lo distinguían de todos los demás.

Era el cuarto hijo de la numerosa familia de Felipe y Lorenza, empresarios de nuestro pueblo, y dinamizadores de una sociedad hoy añorada. Junto con otros emprendedores del pueblo, y aprovechando la llegada del ferrocarril, aliviaron la pobreza de la baja Cepeda.



Isidoro García

Sacó el tercer carné de conducir de la provincia y podía, entre otras cosas, llevar a sus hermanas al baile de Astorga en el coche de su padre, primero un Hudson y luego un Hispano-Suiza, coche que conducía como nadie y que, únicamente él, reparaba.



Desde bien pronto, mostró excepcionales aptitudes para la mecánica y, en la familia, nos orgullecemos de cómo consiguió terminar la fábrica de harina; construcción que los montadores retrasaban por estar bien pagados y mantenidos. Isidoro copió los planos celosamente guardados, por ellos, en un arcón.

Era el cuarto hijo de la numerosa familia de Felipe y Lorenza, empresarios de nuestro pueblo, y dinamizadores de una sociedad hoy añorada. Junto con otros emprendedores del pueblo, y aprovechando la llegada del ferrocarril, aliviaron la pobreza de la baja Cepeda.

Se ocupó primero del mantenimiento mecánico de la fábrica de harina y del resto de las industrias familiares y, poco a poco, empezó a arreglar motores y artefactos mecánicos que se estropeaban e interrumpían las labores agrícolas de sus vecinos.

Hacia 1945, se trasladó junto con su familia a la casa que su padre construyó por encima de la vía. Junto con un par de solares que compró, levantó su taller. Fabricaba arados, mullidoras, majadoras..., y compraba maquinaria y complementos a la firma de maquinaria agrícola vasca Ajuria.

Instaló un torno, que manejaba con maestría y que le permitía realizar piezas especiales. Era un espectáculo ver preparadas todas las vertederas en la calle para pintarlas, y como el abuelo con la maza iba ajustando los ángulos de las vertederas para que se levantara y volteara la tierra “como debía ser”. Se decía que era el mejor en hacerlo.

Los últimos años fabricó varios modelos de prensas para el estrujado de la uva, que vendía mayormente en el Bierzo y Galicia. Desde la prensa pequeña a la de doble cuña, es posible que, en León, nadie haya fabricado tantas prensas como mi abuelo. Cuando fue al hospital, con 78 años, dejó una pieza en el torno que no pudo acabar.

Pero su destreza con el hierro no podía compensar la falta de dotes administrativas y visión de futuro, y no le permitieron hacer fortuna, a pesar de sus habilidades y su gran capacidad de trabajo.

Por último, es imposible hablar de mi abuelo sin mencionar las cartas y la comida.

Era un gran jugador de tute y un gran comedor. Son muchas las anécdotas a este respecto. Mi padre siempre cuenta que cuando iban a comprar hierro, encargaba comida para los dos con esta sencillez: arroz con un pollo de primero, truchas de segundo y medio kilo de queso manchego de postre. Mi primo José M^a también recuerda, con asombro, la vez que se comió buena parte de la trucha más grande que había pescado nunca.

Pero la imagen que aparece en mi retina con más frecuencia ocurrió un verano, cuando todos los niños del pueblo se fueron a Revilla por el monte, sin decírselo a nadie. Aparecieron muy tarde, ya de noche, por el camino del cementerio. Mi abuela, como el resto de las familias, estaba muy preocupada y enfadada, y mis primas pequeñas que estaban entre los fugados, se fueron a la cama sin cenar. Jamás olvidare a mi corpulento abuelo, por el pasillo, sin zapatos, de puntillas y con un plato de comida, a hurtadillas, hacia la habitación de mis primas.

¡A buenas horas, en esa casa, se iba a quedar alguien con hambre! ■



Isidoro con la nieta Asunción

Los últimos años fabricó varios modelos de prensas para el estrujado de la uva, que vendía mayormente en el Bierzo y Galicia. Desde la prensa pequeña a la de doble cuña, es posible que, en León, nadie haya fabricado tantas prensas como mi abuelo.

Fernando Lucio

Es difícil encontrar grandes noticias o acontecimientos importantes relacionados con nuestras tierras Cepedanas en las hemerotecas digitales desde finales del siglo XIX y primeras décadas del XX. El trabajo humilde, esforzado y tenaz de nuestros paisanos, no daba llamativas noticias para la prensa, sólo algunas inundaciones o pequeños incendios en pueblos olvidados y casi perdidos.

La llegada del ferrocarril fue, sin duda, el gran cambio y el progreso en general. La modernidad traía nuevas formas de ganarse la vida, más allá del campo y un billete que por entonces terminaba en Brañuelas. No ha habido progreso sin desgracias y accidentes. La Ilustración Hispano Americana de 1884 (1) realizó un grabado del primer descarrilamiento de dos trenes en la Cepeda en la curva de Otero de Escarpizo. Así lo contaron en la época: a las seis de la mañana ocurrió el



triste suceso de que vamos a ocuparnos. Un tren expreso y un tren correo chocaron entre las estaciones de Vega Magaz y Astorga. El choque debió ser espantoso, el Expreso montó sobre el otro tren, quedando destrozados y hacinados unos sobre otros, doce vagones. Un niño resultó muerto y siete heridos, que seis horas más tarde, fueron llevados a Astorga.

En años posteriores, accidentes en Vega de Magaz, Porqueros y Brañuelas volverían a repetirse, algunos importantes y otros totalmente olvidados. He querido rescatar en este trabajo otro choque de trenes del año 1912. En la estación de Vega Magaz, muy próxima a esta ciudad, (Astorga) chocaron dos trenes de mercancías, quedando las máquinas averiadas y destrozados algunos vagones. Un mozo de tren recibió heridas graves y leves otro empleado. Heraldo de Madrid. Abril de 1912. (2)

La noticia de la creación del apartadero de Porqueros y su redactado me resultan curiosos.

También, el ferrocarril del Norte acaba de abrir a explotación el nuevo apartadero de Porqueros... el servicio que prestará este apartadero será de viajeros, equipajes y perros de o para la sección de Leon a Coruña, ambas inclusive, y de gran velocidad. La Época. 23/9/1922. Entienden lo de los perros o es una simple errata? (3)



Los grandes problemas políticos y territoriales de la Europa de finales del XIX y la gran crisis de los Estados Pontificios y el Papado, tuvieron una cierta repercusión en nuestros pueblos Cepedanos. Nuestros paisanos eran esforzados y humildes, con escasos recursos, pero, a través de los párrocos, se consiguieron sumas de dinero importantes para apoyar al Papado. Al mismo tiempo, se realizaron recogidas de firmas en apoyo de la independencia del Papado en su pérdida del poder terrenal en los Estados Pontificios. Por ejemplo en Villamejil se recogieron 29 firmas. En Otero de Escarpizo 330 firmas. En Villameca 70 firmas. En Sueros 275 firmas. En Villagaton 474 firmas. En Vega Magaz 75 firmas. El Siglo Futuro. Agosto de 1877. (4)

La creación de Sindicatos Católicos de Labradores, Cooperativas e incluso de Bancos fueron algunas de las grandes iniciativas de la política social de la Iglesia



católica en Europa. En la Cepeda esta política social y religiosa tuvo repercusiones importantes en nuestros pueblos. Se fomentaba la unión de los labradores para comprar materiales y abonos para el campo y sobre todo financiación para poder realizar estas compras y así no depender de los prestamistas. La Revista Católica en 1915 hablaba del sindicato católico de

Villamejil y Cogorderos con un capital de 16.000 pesetas. Capital empleado en la compra de abonos químicos y en 31 arados de vertedera. En Quintana del Castillo el mismo sindicato católico tenía unas compras hechas por valor de 5.400 pesetas. (5).

Hemos estado hablando de la trascendencia del tren para la Cepeda, pero no podemos olvidar la creación de la carretera de Pandorado en los primeros años del siglo XX. La prensa astorgana recogía la noticia de la



llegada de las primeras 15.000 pesetas para la tan deseada carretera. Por fin después de tantos años de anhelada y deseada, ha venido a convertirse en realidad esa carretera importantísima..... esta obra no podrá olvidarse tan fácilmente en la memoria de Astorganos y Cepedanos. Mis plácemes merece el Diputado Sr Gullón... La Verdad. Astorga 1914. (6).

Para terminar este breve trabajo, resaltaremos la iniciativa empresarial de la Fortificante. El proyecto nacía a imitación de los grandes balnearios de moda en aquel tiempo en su versión Astorgana-Cepedana y apostaba por una nueva cultura de la salud y el agua para las clases pudientes de aquella sociedad. En la provincia de León en aquellos años existían más de 30 establecimientos y lugares de aguas termales o medicinales. El Ideal de Astorga (1904) publicaba este anuncio: LA FORTIFICANTE. Desde el 15 del pasado Junio, se halla abierto el balneario LA FORTIFICANTE (Sopeña) próximo a Astorga y desde aquella fecha no ha dejado de ser visitado diariamente por cientos de personas que concurren a tan delicioso pasaje, ya sea en busca de Salud o bien de recreo. No hay año que su propietario, Don Manuel Aparicio, no introduzca mejoras notables en el orden hidroterápico y en el higiénico. Los bosques y jardines que rodean el establecimiento y el lago presentan un aspecto encantador. Se deslizan las horas insensiblemente pasando por los sombríos bosques y remando los botes que descansan sobre las aguas del lago. (7)

No podemos terminar este trabajo sin comentar el gran fenómeno social de la emigración de los

Cepedanos a América en esas décadas. Muchas familias comenzaron a tener padres, hermanos, tíos en Argentina. Se vendía todo para pagar el pasaje o se pedía al prestamista. El precio era de 201 pesetas en billete de tercera. A LA ARGENTINA. SALIDAS MENSUALES. El día 23 de Febrero saldrá del puerto de Vigo, directamente para Montevideo y Buenos Aires el magnífico vapor HERMIONE. Los pasajeros deben presentarse dos días antes de la salida del vapor. Esto era lo que se podía leer en un anuncio del Pensamiento Astorgano de 1910. (8) ■



1. La Ilustración Hispano Americana 1884.
2. Heraldo de Madrid 1912.
3. La Época 1922.
4. El Siglo Futuro 1877.
5. La Revista Católica 1915.
6. La Verdad 1915.
7. El Ideal 1904.
8. El Pensamiento Astorgano 1910.

Hay sonidos e imágenes que forman parte de nuestra existencia. Narraré algunos que quedaron en mi memoria, y recuerdo con gran satisfacción. Cuando llegaron las máquinas de trillar, y se endureció el trabajo del verano en las eras, trabajando todo el día y parte de la noche, aprovechábamos el escaso tiempo que nos permitían las máquinas, tumbarnos en la pradera, observar en la penumbra de la noche el cielo estrellado. Con ese espectáculo de millones de estrellas en el que no faltaban constelaciones, la vía láctea y algunas estrellas fugaces, podíamos disfrutar de un maravilloso concierto natural de miles de grillos cantando, ranas croando en los regueros cercanos, algún sapo con su acompasado sonido característico e incluso en ocasiones al búho, vigilante nocturno,



buscando su comida. Como diría nuestro poeta Eugenio de Nora: *“Y en el aire había aire azul, vencejos o palomas y mucho más, una alegría de tallos tiernos y amapolas”*.

Otro espacio sonoro de mis recuerdos lo proporcionaron las riberas del río Porcos. Una de las aficiones del poco tiempo libre que disponía un niño de familia labradora y ganadera era ir a pescar al río. En este espacio natural, además de vivir experiencias emotivas observando las truchas, bogas, barbos, lampreas, culebras, ratas de agua y demás peces que habitaban nuestras aguas; lograr pescar alguna de dichas especies, sobre todo la captura más deseada, la trucha esquivando la corriente, suponía una emoción extrema. En esos largos ratos de pesca unías a la emoción de la pesca otro disfrute, el del sonido de la corriente del río, y la orquesta sinfónica improvisada del canto del ruiseñor, el silbido del

mirlo, el redoble del pájaro carpintero, el arrullo de la tórtola y otras aves que se refugiaban a la sombra de los humeiros, como el jilguero y el verderón; de vez en cuando nos sorprendía el salto de una trucha capturando mosquitos y no faltaban las ranas croando sin cesar en la moldera del molino, e igualmente, en contadas ocasiones algunos patos llamando a sus crías nacidas en la orilla del río. También Eugenio de Nora nos dejó frases muy bellas refiriéndose a nuestro río: *“Pero el agua temblaba entre las manos y era gozo en la boca, casi sabor a junco y nube”*.



El silencio del monte era interrumpido por los cantos de la perdiz y codorniz controlando sus dominios, la paloma torcaz y múltiples pajarillos, entre los que no faltaban los gorriones, iban de un lado para otro buscando el nido o la comida, mientras los milanos y gaviachos volaban majestuosamente en el horizonte. La incansable chicharra, con su continuo sonido ambiental durante las horas de más calor. Y en ocasiones la voz de un labrador o pastor que al ritmo marcado por el carro de vacas o de sus animales, tarareaba alguna canción popular para matar el tiempo. Cuando llegaron las máquinas, un sonido se impuso a los demás. Desde lejos, hacía callar o auyentar a todo animal viviente del entorno. Distinguíamos a los dueños de las máquinas por el sonido diferente de sus motores al

Con ese espectáculo de millones de estrellas podíamos disfrutar de un maravilloso concierto natural de miles de grillos cantando, ranas croando en los regueros cercanos, algún sapo con su acompasado sonido característico e incluso en ocasiones al búho, vigilante nocturno.

trabajar o recorrer los campos de cultivo.

Existían, igualmente, sonidos cargados de misterio y tragedia. ¿Quién no recuerda alguna tormenta que por su terrible sonido acompañado de relámpagos, invitaba a recitar la plegaria de “Santa Bárbara bendita, que en el cielo estás escrita...” Igualmente vendavales, lluvias torrenciales y las llenas o riadas que atemorizaban a niños y mayores. Finalmente, escuchar en las noches invernales de nieve los aullidos de los lobos y respondidos por los ladridos de los perros, daban a esas jornadas de invierno aire de misterio y cierto temor. En estas noches, el filandón, a la luz del llar, recobraba su mayor fuerza narrativa.

Muy diferentes eran los sonidos festivos que marcaban la alegría de los días grandes del pueblo: La alborada, los pasacalles, el baile del vermut y la orquesta en el bosque o en el entorno del bar, acompañado de cohetes y fuegos artificiales, alegraban la vida de pequeños, jóvenes y mayores en las fiestas patronales de la Cepeda.

Hace años me decía mi vecino el señor Secundino: “Porfirio, ya no cantan las ranas en este pueblo”. Y es que algunos equilibrios se han roto en un corto espacio de tiempo con sus ventajas e inconvenientes, lo vemos en nuestro río y en el paisaje cepedano. La naturaleza necesita del hombre para reorientarla y defender su biodiversidad con respeto y con amor, para devolver el equilibrio perdido y poder volver a escuchar los sonidos no olvidados de mi infancia. ■



Finalmente, escuchar en las noches invernales de nieve los aullidos de los lobos y respondidos por los ladridos de los perros, daban a esas jornadas de invierno aire de misterio y cierto temor. En estas noches, el filandón, a la luz del llar, recobraba su mayor fuerza narrativa.

Continuamos en este artículo exponiendo temas de Vega de los años 40-50 del siglo pasado, con el espíritu ya indicado.

JUEGOS DE CARTAS

Los juegos de cartas constituían un entretenimiento común. En el Café, propiedad del señor Pedro, regentado por Romero, después por Andrés y convertido hasta hace poco en el Bar de Nisio, y en Casa de Valentina, convertido posteriormente en el Bar de Loli, los hombres “echaban la partida” todos los días, después de la comida del mediodía, como la han venido haciendo hasta que se cerró el Bar. El juego más común era el Tute de cuatro; pero también se jugaba a la Subasta.



En las casas, las familias y en particular los chicos dedicábamos mucho tiempo de las largas tardes-noches de otoño-invierno-primavera a los juegos de cartas.

Podemos agrupar estos juegos en dos grupos:

–juegos con tanteo

- el Tute de cuatro,
- el Tute de dos, de seis cartas,
- el Tute de dos, de ocho cartas,
- el Ciento veintiuna,
- el Ganapierde,
- la Brisca.

–juegos sin tanteo

- el Repelús,
- las Familias,
- la Escoba
- el Burro,
- la Sota
- la Marioneta,
- el Desconfío.

La baraja utilizada es la baraja española de 40 cartas.

Las normas para jugar de una gran parte de estos juegos son muy conocidas, y están publicadas, porque son juegos que se practican por toda España. Algunas de ellas no son tan conocidas y son las que voy a relatar a continuación, son las que se refieren al Ciento veintiuna, el Ganapierde, al Repelús, a las Familias, a la Sota, a la Marioneta y al Desconfío.

El Ciento veintiuna

Es el Tute de ocho cartas que se juega entre dos

En el Café, propiedad del señor Pedro, regentado por Romero, después por Andrés y convertido hasta hace poco en el Bar de Nisio, y en Casa de Valentina, convertido posteriormente en el Bar de Loli, los hombres "echaban la partida" todos los días, después de la comida del mediodía.



Jugando al ciento veintiuna

jugadores; pero el objetivo es llegar a alcanzar o superar los 121 puntos, y si no se consigue en el primer juego, se juega un segundo que es continuación del anterior. En este segundo juego se van contando mentalmente los puntos que se van haciendo, y el primer jugador que llegue a 121 manifiesta que tiene dicho tanteo, tira las cartas y gana el juego. En esta segunda parte del juego no valen los tutes de Reyes ni de Caballos.

Para el juego que es de segundas reparte las cartas el jugador que hace las diez últimas.

El Ganapierde

Este juego también se llama **Más y menos**. Se juega con tres jugadores, pero se puede jugar con cuatro, quedando sin participar en cada juego el jugador que reparte las cartas.

Se reparten las cartas entre los tres jugadores y la última, sobrante, es el pinte, que queda sobre la mesa, y tiene que ser sacada obligatoriamente por el siete del mismo palo si es superior a esta carta, y por el dos, si es siete o inferior.

El objetivo del juego es hacer muchos tantos o pocos, ya que pierde el jugador cuyo tanteo al final es intermedio entre los otros dos. Es obligatorio hacer por lo menos una baza, de forma que el jugador que no hace baza es el que pierde el juego. Si dos jugadores tienen el mismo tanteo pierden los dos.

Las reglas de juego y la valoración de las cartas son las mismas que las del tute, pero no valen los tutes de Reyes ni de Caballos.

El Repelús

Se reparten seis cartas a cada jugador, o tres si el número de jugadores es elevado, de forma que queden en el centro de la mesa algunas cartas para robar.

El objetivo del juego es descartarse de todas las cartas. El jugador situado a la derecha del que reparte inicia el juego tirando una carta en la mesa. Los restantes jugadores van tirando por turno, siguiendo por la derecha, debiendo asistir al palo, hasta terminar la vuelta completa. Si un jugador no tiene cartas del palo jugado, deberá robar del mazo hasta que salga una carta del palo, en cuyo momento deja de robar y tira la carta en la mesa.

El jugador que ha tirado la carta más alta gana y sale en la siguiente vuelta. La carta más baja es el As y la más alta es el Rey.

Cuando se acaban las cartas del mazo para robar, el jugador que no tiene cartas del palo en juego recoge las cartas tiradas en esa vuelta, e inicia otra nueva vuelta.

A medida que los jugadores se van descartando se quedan fuera del juego. El jugador que no se descarta pierde el juego, y recibe el repelús, que le da uno de los jugadores, en general, el que ha quedado penúltimo en el descarte, si bien en los castigos que se dan participan todos los jugadores.

El jugador que recibe el repelús coge toda la baraja y hace cuatro partes. Si alguna de ellas tiene como carta inferior del taco un As, ese taco se retira. Con las cartas restantes se da el repelús.

El jugador que da el repelús toma el mazo en la mano izquierda, va tomando una a una las cartas con la mano derecha, y al tiempo que da el castigo recita las siguientes frases, según la carta que aparezca:

- As, repelús te llevarás (se da un suave tirón de pelos).
- Dos, te saco los os (se señala hacia los ojos).
- Tres, triqui, triqui, tres (se da un golpecito en la cabeza).



Dando el Repelús: As, repelús te llevarás

- Cuatro, pa tabaco (se da un golpecito en la cara).
- Cinco, quincó (se aprieta suavemente con los cinco dedos en la cabeza).
- Seis, pa papel (se da un golpecito en la cara).
- Siete, un cachete (se da un cachete).
- Sota, pasa (se pasa la mano por la cabeza).
- Caballo, pasa (se pasa la mano por la cabeza).
- Rey, estaba el rey en la montaña con una caña pescando ranas (se pasa la mano por la cabeza).

Cuando al ir dando el repelús aparece un As, se pregunta “*cis, zas, ¿qué As?*”. Si el que recibe el repelús acierta, se termina el castigo; si no se continúa hasta que aparezca un nuevo As, en que se repite la pregunta, o hasta terminar las cartas si no se acierta.

Las familias

Este juego también se conoce como **Gracias**, por lo que luego se verá. El juego consiste en formar familias con las cartas (de ases, de doses, etc.), y resulta ganador el jugador que al final se queda con todas las familias. El número de jugadores puede ser cualquiera, superior a dos.

Se reparten todas las cartas entre los jugadores. El jugador situado a la derecha del que ha dado, se dirige a otro y le pide una carta que le convenga para formar familia con alguna de las que tiene.

La forma de pedir tiene sus reglas. Se dice el nombre del interpelado, “*por favor, ¿me das la carta...?*”. Si el interpelado le da la carta, se dice “*gracias*”. Si el jugador que pide la carta no dice “*por favor*” o “*gracias*” pierde y el interpelado adquiere el turno de pedir. Si se ha cumplido la regla y el interpelado entrega la carta al solicitante, este continúa pidiendo, a cualquier jugador.

Si el jugador interpelado no tiene la carta solicitada, manifiesta que no la tiene, y adquiere el turno de pedir.

Se continúa de esta forma hasta formar todas las parejas. Cada jugador coloca en la mesa delante de su lugar las que ha formado.

El juego se continúa pidiendo familias, en lugar de cartas, hasta que un jugador se queda con todas.

La Sota

Este juego tiene las mismas reglas que el **Burro**, pero la carta que no tiene pareja es la Sota, y tiene la particularidad de que durante el juego los jugadores no pueden hablar, excepto el que tenga una Sota. Si un jugador habla indebidamente, el que tiene la Sota se la entrega.

Jugando a la Mariona

El número de jugadores puede ser cualquiera. Se reparten todas las cartas, y los jugadores no ven las suyas.

El jugador situado a la derecha del que da las cartas inicia el juego, pone una carta cara arriba en la mesa y dice As, el siguiente jugador por la derecha pone una carta cara arriba y dice Dos, así se continúa la ronda subiendo cada jugador un número, continuando con las figuras hasta llegar al Rey, después del cual se comienza de nuevo por el As.



Jugando al Burro



Jugando la Mariona

Cuando la carta que echa un jugador coincide en número o figura con el que se dice, el jugador pierde y tiene que recoger todas las cartas de la mesa. Este jugador comienza otra ronda, con el As.

Cuando en la situación indicada en el punto anterior, el jugador siguiente al que le correspondía perder echa su carta sin darse cuenta de ello se convierte en perdedor y es a él a quien toca recoger todas las cartas.

Pierde la partida el jugador que se queda con todas las cartas.

El desconfío

El número de jugadores puede ser cualquiera. Se reparten todas las cartas, y hay dos variantes, que cada jugador ve sus propias cartas o que no las ve.

El jugador situado a la derecha del que reparte inicia el juego. Tira una carta cara abajo en la mesa y dice el nombre de un palo, que se supone que es el de la carta que ha depositado. Los demás jugadores siguiendo por la derecha ponen una carta encima, también cara abajo, y diciendo el nombre del palo.

Cuando un jugador, al llegar su turno, no quiere tirar carta y piensa que la última carta echada no es del palo que se viene mencionando, dice “*desconfío*” y da la vuelta a la carta.

Si la carta es del palo que se viene diciendo, el jugador que ha desconfiado recoge todas las cartas que hay en la mesa y comienza una nueva ronda con el palo que él quiera.

Si la carta levantada no es del palo que se anuncia, el jugador que la ha tirado recoge todas las cartas e inicia una nueva ronda con el palo que él quiera. Pierde el juego el jugador que se queda con todas las cartas. ■



Fauna cependana.
Primera parte.



Fotos: Benito Álvarez.

Fotos: Benito Álvarez/Jaume Llorens